

15 horas de un chofer de plaza

El Nacional, 1956-06-10.

Coge el autobús a las seis de la mañana. Al terminal de Los Chorros llegan los "rojos" y los "morados". El autobús que toma Asunción Morales a las seis de la mañana en el terminal de Los Chorros es el morado. Se sienta cerca del chofer y conversa con él. Asunción no paga pasaje. Cuando llega al terminal de El Silencio se apea y monta en un "gris" que dice: "San José-Hospital", también se acomoda cerca del chofer y esta vez sí paga puesto. Se baja frente al Hospital Vargas y camina dos cuadras hasta el puente Las Brisas. Cerca del puente hay un pequeño callejón. Asunción entra en el callejón, saca de su bolsillo una llave y abre la puerta de un carro de alquiler de dos tonos, azul, y gris, con su fea cintura de cuadros amarillos y rojos. Abre la guantera, saca un pañito, quita el polvo por dentro, prende el carro y sale puente abajo hacia la esquina de La Fe, con una cara nueva, de hombre a caballo. Asunción Morales un chofer de plaza que comparte con un compañero que trabaja de noche el carro modelo 52 que tienen alquilado a 40 bolívares las veinticuatro horas.

2

Asunción Morales tiene 31 años, una esposa con tres muchachos ("siete hijos por todo"), un cuerpo flaco y una radio.

El aparato de radio que tiene en el carro lo compró de segunda mano en 50 bolívares por que "se me hace el día largo".

Baja todas las mañanas a esta hora de las siete escuchando un programa de anuncios y noticias por Puente Las Brisas, Remedios, La Fe y Santa Bárbara. Como la vida obliga a todos a la rutina, se encuentra siempre con los mismos negocios cerrados, los mismos botiquines y abastos abiertos y la misma gente. Hay "la musiuita" ("una joven que trabaja por Puente Soublette") que recoge cuando anda tarde para el autobús y le cobra sólo dos bolívares. No es tarifa, pero Asunción dice que lo hace porque "me coge de camino". Cosa que no es así del todo, porque él pertenece a la línea Rosales-Valle, en la esquina de Santa Teresa y tiene que bajar hasta el Guaire para volver a subir. Recoge también el periódico que le entrega Montenegro, en Santa Bárbara, para un doctor a quien se lo lleva desde hace años, y de cuando en cuando recoge además a una señora gruesa vestida de negro que a Asunción le cae simpática y trabaja cerca de Quinta Crespo. Y hasta que llega Santa Teresa, nada más.

3

Asunción es uno de los 8.500 chóferes de plaza en Caracas y unos de los 32 que están inscritos en la línea Rosales-Valle de carritos por puestos que llegan hasta Coche. Lo que llaman zona es un espacio de media cuadra donde por disposición de la Inspectoría sólo pueden estacionar tres carros; los restantes 29 tienen que andar rodando o estacionarse en los alrededores hasta que les toque el turno. Cada uno tiene un número fijo de tarjeta. El turno lo establecen ellos por el orden en que llegan en la mañana. Después lo van repitiendo hasta el anochecer. Si alguien no llega a tiempo, lo esperan unos minutos; pero si tarda más de cuatro o cinco lo saltan hasta la próxima vuelta.

Cuando llega el carro azul y gris de Asunción está la zona llena. Un compañero anota en el número de la tarjeta de una pizarra colgada del muro Asunción. Lo han puesto detrás del número 27, que llegó un ratito antes.

– ¿Cuántos hay delante?, –pregunta.

– Cuatro.

A esta hora del día cuatro carros esperando turno antes que él quiere decir más de una hora perdida. De las seis de la mañana a las nueve y media la corriente de pasajeros es de las urbanizaciones al centro. Asunción sale de vacío para San Bernardino a tiempo de conseguir una carrera para la Plaza Venezuela. Después coge por Los Caobos en plan de "arriesgado" o de "pirata", como llaman a los que se dedican a la plaza, sin sujetarse a ninguna línea.

Cuando llega a Santa Teresa a las ocho y cuarto, justo para ocupar su puesto de turno, ha hecho nueve bolívares. A esa hora hay desayuno y se conversa. Con el pan de arepa, las caraotas y la carne mechada y el café, las cuotas pendientes del carro o los problemas con el que lo alquila, "cómo sopla la línea", de lo mal que los trata la gente, de las últimas boletas "sin culpa", de la solicitud a la Inspectoría para que les den zona en la esquina de La Palma, de las subidas "sin justificación", de los precios de los carros, de lo bien que estaban hace un año con la zona frente al bloque 7.

La línea Rosales-Valle estaba antes en el Silencio, partes norte y sur del bloque 7, con 56 carros haciendo 8 viajes a Coche cada uno. Se les asignó este puesto para aliviar el Tráfico, ellos aspiran a uno en La Palma, a la salida del Centro Simón Bolívar, porque donde están los 32 carros con que cuenta la línea apenas hacen cinco viajes de a fuerte cada uno. La línea es como una hermandad. Tiene presidente, tesorero, secretario, un tribunal disciplinario sin sueldo y un agente a quien pagan como fiscal 480 bolívares al mes. Cada chofer da dos bolívares al día, que paga cada noche, por quincenas o como pueda mejor. Uno de estos dos bolívares queda en una caja de ahorros que sólo se le permite sacar en lotes semestrales de 180 bolívares, para ropa y otra necesidad, pero no antes. Y el bolívar restante queda para pagar al agente-fiscal, cubrir los pocos gastos de administración y crear un fondo para atender a compañeros que lo necesiten. Para ayuda a los que pierden un familiar cercano hay una ayuda de 300 bolívares. Si hay compañeros "en desgracia", dan otro bolívar más. Ahorita está preso uno que atropelló a una señora, y le administran el carro, le pagan las cuotas que debe, le pasan unos bolívares a la cárcel y el resto lo llevan cada semana a su mujer. Creen que es "muy

bueno" el seguro obligatorio que tratan de crear ahora, pero siempre "que no sea una cuota mayor de 200 bolívares al año".

El chofer de alquiler cuenta como gastos fijos: 750 bolívares de alquiler de carro o unos 600 de cuota si es de agencia, 150 de gasolina, 100 bolívares "por lo menos" de "desgaste", 60 bolívares de aceite, otros 60 de garage y 60 o 90 de gastos de zona, de forma que el carro les viene saliendo a más de mil bolívares al mes. Y para sacar 35 bolívares al día para sólo gastos, aparte el jornal para vestido y comida, hay que "correr y atropellar un poco".

5

Para las nueve y media Asunción tiene el carro lleno de pasajeros. Van para Coche un hombre, dos muchachas que parecen hermanas y dos mujeres que vinieron de compras muy temprano, total un fuerte. Asunción calcula: nueve y cinco, catorce; menos tres reales del desayuno, doce bolos y medio. Y prende la radio. Pero alguien detrás protesta por la música, y la apaga. Es la "gorda" de atrás. La ve por el espejito del carro. Tiene la cara agria y larga. Pero es un pasajero que paga. Y le llamó señor. Ya no se estila trato tan fino en el manejo. El oficio se desprestigia cada vez más. Es el pasajero y el chofer, los dos. A veces hasta las damas "sacan palabras que uno no espera", y hay que aguantar, "porque es mujer". El chofer también abusa a menudo, pero es que la plaza está muy mala. Ahora hay más gente que antes, pero también hay más carros de alquiler, y además "la emigración es muy económica" y anda en autobús. Los que más abusan en el manejo son los autobuseros. Y total "son choferes que ganan dos reales, como uno", y que "si los botan no van a poner un bufete", porque tendrán que conseguirse un carrito con faja y ponerse a trabajar como uno. "Otro que abusa, la mujer". El viernes le chocó "una niña" por detrás. Todo lo que se le ocurrió para excusarse: que estaba comiendo su helado y que podía cobrar en casa de su papá. Con "un papá con chequera" puede correr impunemente cualquiera a cien comiendo helado o hablando con su amiga. Son cosas que Asunción rumia a solas o dice en voz alta. Y los demás asienten, como si estos pasajeros de un carro por puestos hubiesen formado por media hora un equipo contra los demás carros y peatones de Caracas.

6

A las diez y media, Asunción está de vuelta en Santa Teresa, con un fuerte más: diecisiete bolívares y un real. Hay cinco de turno en la zona, pero cinco de turno a esa hora es cuestión de un rato, porque es la hora en que regresan del centro a las urbanizaciones. Busca un lugar cerca para estacionar, llega al botiquín en la esquina de la placita, toma su cafecito y vigila la zona. Otro viaje de ida y vuelta a Coche, diez bolívares. Ya son un cuarto para las doce, y pendiente de otro viaje. Pero abandona la idea y va al Silencio. El Silencio de 11 a 1 "es una fija". A la una y media, con tráfico y todo, está en la Avenida Urdaneta con 3 bolos más. Ya tiene para pagar el carro. Ha sido

un día bueno, ya ha cubierto los gastos, y lo que salga en la tarde es para casa. Quiere llegar a la autopista del Este bajando por Cují y subiendo por el Trébol. Es una hora buena, porque a las doce, como a los ocho y a las seis, uno se tranca hasta en la autopista. Pronto comienza la hora muerta, de 2 a 5. Asunción aprovecha la "hora del burro" para llegar a Monte Cristo y almorzar en su casa. Si llueve, la Avenida El Rosario es un río grande: si es verano, ese camino es un polvero. De cualquier forma hay que lavar un poco el carro, y después del almuerzo llega al río y le echa dos cubos de agua y le pasa la gamuza como si el carro fuese de él. Limpia también una virgencita de Coromoto que tiene sobre la guantera y un monito que lleva guindado atrás. Para las tres de la tarde está en el Bar las Verdes, en Petare. No a cargar gente; sólo un rato para conversar con compañeros que también están organizados: una línea para El Silencio, con 65 carros, y otra de 80 carros para La Castellana, Altamira, El Bosque y La Florida. Para las tres y media se acerca a Santa Teresa. Si hay algo en el camino, va bien.

Si no, pues de vacío, como hay. La zona está libre; no porque estén todos trabajando en la línea, sino porque andan "buscando" o han ido tarde a almorzar.

Hasta las cinco cuida de la pizarra, porque "está de primero". Aparte del fiscal, que cuida del orden, las autoridades son ellos mismos. Llevan sus cosas con unanimidad ejemplar. Hay que recurrir muy pocas veces a tribunales disciplinarios. Entre los chóferes de plaza hay profesores de Normal, estudiantes pobres de Medicina y de Derecho que se ayudan trabajando, y gente que no sabe firmar. El de los choferes es un gremio unido, aunque están asociados así, sólo en núcleos que no tiene más alcance que los lugares de trabajo. Asunción sale cargado para Coche y regresa temprano, porque es hora de tráfico liviano. Y ha hecho los primeros diez bolívares "limpios". Una carrerita al Paraíso, tres. A las seis, viaje a Coche otra vez, aunque se viene de vacío, porque a esa hora la gente regresa a las urbanizaciones. Ya le quedan dieciocho bolívares. A las siete menos cinco apura otro viaje a Coche y encuentra pasaje (tres) de vuelta; total veintiséis bolos. A las ocho tiene que llevar el carro a su compañero, en San José. Tuvo suerte, porque hizo una carrera a San José del Avila y completó 29 bolívares, como de paso. Un día redondo.

7

Asunción entrega a diario a su compañero, que se encarga de liquidar todos los días desde hace tres años con el propietario del carro, y baja de pasajero con él hasta Madrices. Allí, en uno de los carros que salen para Petare, trabaja un compadre que le lleva por nada hasta Campo Claro. Pero cuando él llega, no está y cae un palo de agua. Asunción espera conversando en el botiquín con loteros y vendedores ambulantes, y cuando llega a Campo Claro de gratis ya son las nueve. Después sube caminando por el río que es la Avenida El Rosario, y llega por un senderito a una casita que queda cerca de donde coge, a las seis de cada mañana, el autobús morado que lleva al Silencio, para después tomar otro que lo lleva a San José, porque Asunción es un chofer de plaza que comparte con un compañero que trabaja de noche un sufrido carro modelo 52 de seis cilindros que tienen alquilado a 40 bolívares las veinticuatro horas.